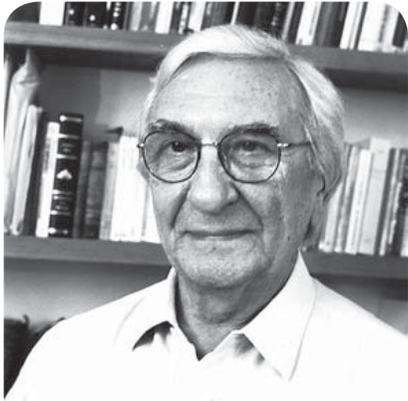


Marilsa Taffarel*

Isaías Melsohn en 714 palabras**



Isaías fue un hombre rico, lo que traicionaba en cierta forma el lema que el joven Isaías había elegido para la foto de graduación de la secundaria: *Omnia mea mecum porto* (“Todo lo que tengo lo traigo conmigo”). Si hubiera

estado en el barco que naufragaba y hubiera sido el sabio tranquilo entre los mercaderes que intentaban salvar sus pertenencias, según el antiguo relato de nuestros libros de colegio, no hubiera podido decir la famosa frase-lema.

Isaías poseía maravillas: tapetes antiguos que podrían figurar en los más nobles palacios árabes, imaginería barroca brasileña de la mejor procedencia, los cuadros de nuestros más famosos artistas plásticos. Sin embargo, era en él donde residía nuestra reserva de sabiduría, como escribí anteriormente. En su privilegiada cabeza que, en la larga vida que la diosa fortuna le destinó, conservó incólume.

Experimentamos a través de él la operación de distanciamiento que alcanzó el corazón del psicoanálisis: él enseñaba que la representación inconsciente, tal como es conceptualizada por Freud en los escritos metapsicológicos de 1915, es producto de su herencia empirista y positivista. Esta afirmación de inmediato apartó a muchos oídos psicoanalíticos. Si no fuera por el poder cautivante de su palabra, sus conferencias performáticas, su escucha clínica absolutamente afinada, sus *master classes* no habrían resonado tanto como lo hicieron.

Isaías Melsohn reconceptualiza la representación inconsciente con el rigor y los fundamentos que una formación intelectual impecable exige. Para él, la representación inconsciente es, al mismo tiempo, imaginaria y simbólica (símbolo presentificador); contiene el cuerpo en su expresividad: un estremecimiento que se hace palabra, una aprehensión sensible del mundo que da forma a una pulsión coartada hasta entonces.

La palabra en su vertiente poética y poiética es la materia cuya plasticidad da lugar a la singularidad.

* Sociedade Brasileira de Psicanálise de São Paulo.

** El título se refiere al número de palabras del texto en su versión original.

Foto cedida por Fundo Isaías H. Melsohn da Divisão de Documentação e Pesquisa da História da Psicanálise da SBPSP

Isaías entendía que era necesario repetir siempre: análisis es el análisis del presente, de la transferencia. El analista debe estar atento para no banalizar el momento más importante de la sesión: el encuentro con el paciente. Aquel momento en que dos cuerpos se aproximan. Momento en que la presencia del otro posee todo su potencial de estremecimiento y de imantación. Momento de caos para ambos; caos provechoso. Momento de ruptura representacional. Para Isaías, en la apertura de la sesión se daría la ruptura y el subsecuente y consecuente “pasaje a otro medio”; de la afección a la palabra, a la palabra a medias que, según reza el dicho, si hay un buen entendedor, alcanza.

Cabe al analista por, para su analizando, en palabra no explicativa, ese *Unbewusste* que se produce. Pero atención: no se trata de un inconsciente reprimido. Se trata de una neoproducción, de una configuración nueva en que había un germen pulsional aún no desplegado, formulado por el paciente aunque sin comprender éste su significado, como en la producción de un lapsus. La interpretación, a su vez, necesita ser dicha en palabras que vehiculicen entendimiento y sonoridad, mitos y *logos*.

Como decía Isaías a propósito de Freud, él no obtuvo sus ideas sólo de su propia cabeza, como serpientes que brotaran de la cabeza de Medusa. Isaías abrió su camino en la teoría y en la clínica a partir de los encuentros transformadores que tuvo con el ambiente cultural, psicoanalítico y político en el que estaba inmerso. Llegó a Susanne Langer (filósofa americana fundamental en la formulación de sus ideas psicoanalíticas) por indicación de Anatol Rosenfeld (profesor de filosofía y crítico de teatro judío-alemán que inmigró a Brasil en la ascensión del nazismo) y, a partir de esa discípula y continuadora de Ernst Cassirer, llegó a ese filósofo que le dio “regla y compás”, con los cuales pudo releer la, para él, incomparable producción de Freud en torno a 1900.

Entre sus amigos había intelectuales de mucho peso en San Pablo, de entre los cuales la psicoanalista Regina Chnaiderman fue su interlocutora. Era un medio intelectual en el cual se leían y discutían los pensadores que revolucionaron varias áreas del conocimiento, tales como Lévi-Strauss, Ferdinand de Saussure y Roman Jakobson (pionero en el análisis estructural del lenguaje, de la poesía y del arte). Jakobson le brinda el concepto de función poética del lenguaje, imprescindible para su concepción de la escucha y de la interpretación.

Isaías Melsohn marcó a más de una generación en psicoanálisis e instituyó un paradigma y una tradición de pasión por la búsqueda, por la autoría de solidez, por la conducta pautada por principios democráticos y por la razonabilidad bien templada: esa es la riqueza que llevaba consigo y que no perdió en las tempestades de la vida.